

—¿Ha expresado V. su verdadero pensamiento al decir eso?

—Completamente.

—¿Es el corazón ó la cabeza de V. quien habla?

—¡Mi cabeza!

—¡Entonces, caballero, adiós!

—¡Pues bien, señora; adiós!

III.

Por qué cuenta uno la historia de su corazón.

Esther se alejó con la frente erguida, pero con el corazón herido.

Llegó á la Avenida, se metió en un coche de alquiler, y se hizo conducir á su casa.

Por la noche esperaba ver á M. de La Marche durante la representación; pero éste no fué. Su amiga la Condesa entró en el cuarto.

—Y él, ¿dónde está?—le preguntó ésta.

—He perdido mi Hipólito.

—¿Es que tiene alguna Aricia?

—No; es que tiene un capricho.

—¡Bueno! No hablemos más de eso.

—Al contrario, hablemos.

Esther había vuelto á reanudar de tal modo el presente con el pasado, que se imaginaba estar en la época más encantadora de su vida. Quiso que la Condesa cenara con ella sola, para referirle aquella antigua historia.

La invitaron á cenar aquella noche; pero Esther fué inflexible.

—Vamos (dijo uno de sus adoradores); no hay duda que estoy adelantado.

—Sí, amigo mío (respondió ella); ayer le hubiera á V. dicho *puede ser*: hoy es demasiado tarde.

Su adorador insistió mucho. Era joven, hermoso y Duque; habló de brillantes.

—No, mi querido amigo; aunque fuera V. Príncipe de la sangre; aunque acabara V. de llegar á Golconda, no cenaría esta noche con V.

El Duque casi se enfadó.

—Pero desearía saber....

—¡Pues bien! No es ningún misterio; ceno con la Condesa.

—No lo creo, á menos que....

—Comprendo á V. Puede V. pensar todo lo que guste; pero de seguro no adivinará V. nunca por qué ceno con ella.

—¿Me lo dirá V. mañana?

—No.

—¡Corriente! Yo se lo diré á V. tan sólo con mirarla cara á cara.

—Me da V. lástima. Los hombres son demasiado tontos para comprender nunca nada de las mujeres. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós!

Era una verdadera despedida.

Una hora después, al lado de la chimenea del

salón de Esther, la Comedianta refería con toda su alma la novela de sus veintiun años.

La Condesa escuchaba un poco distraída, pero también un poco sorprendida, aquellos recuerdos vehementes del pasado.

—¿Te ha encantado entonces?

—Ya te digo que le he amado.

—Y le amas todavía, según veo.

—Lo mismo que en aquel tiempo. Figúrate un manantial extinguido que se siente volver á brotar de pronto.

—En cuanto á mí, creo que tocaría inútilmente todas las rocas de mi corazón. Además, te conozco lo bastante para comprender que eso no es más que un capricho. Es la segunda parte de una comedia que no representas hace trece años. Sabes muy bien que no creo en el éxito de las segundas partes.

—Ya veremos, si vivimos.

Y Esther suspiró.

—Pero en verdad (añadió) que hablo de M. de La Marche como si estuviera llamando á mi puerta, cuando lo que ha hecho es volver la espalda. ¿Tendré que esperar otros trece años para que se vuelva á cruzar en mi camino? ¡Oh! ¡El número 13!